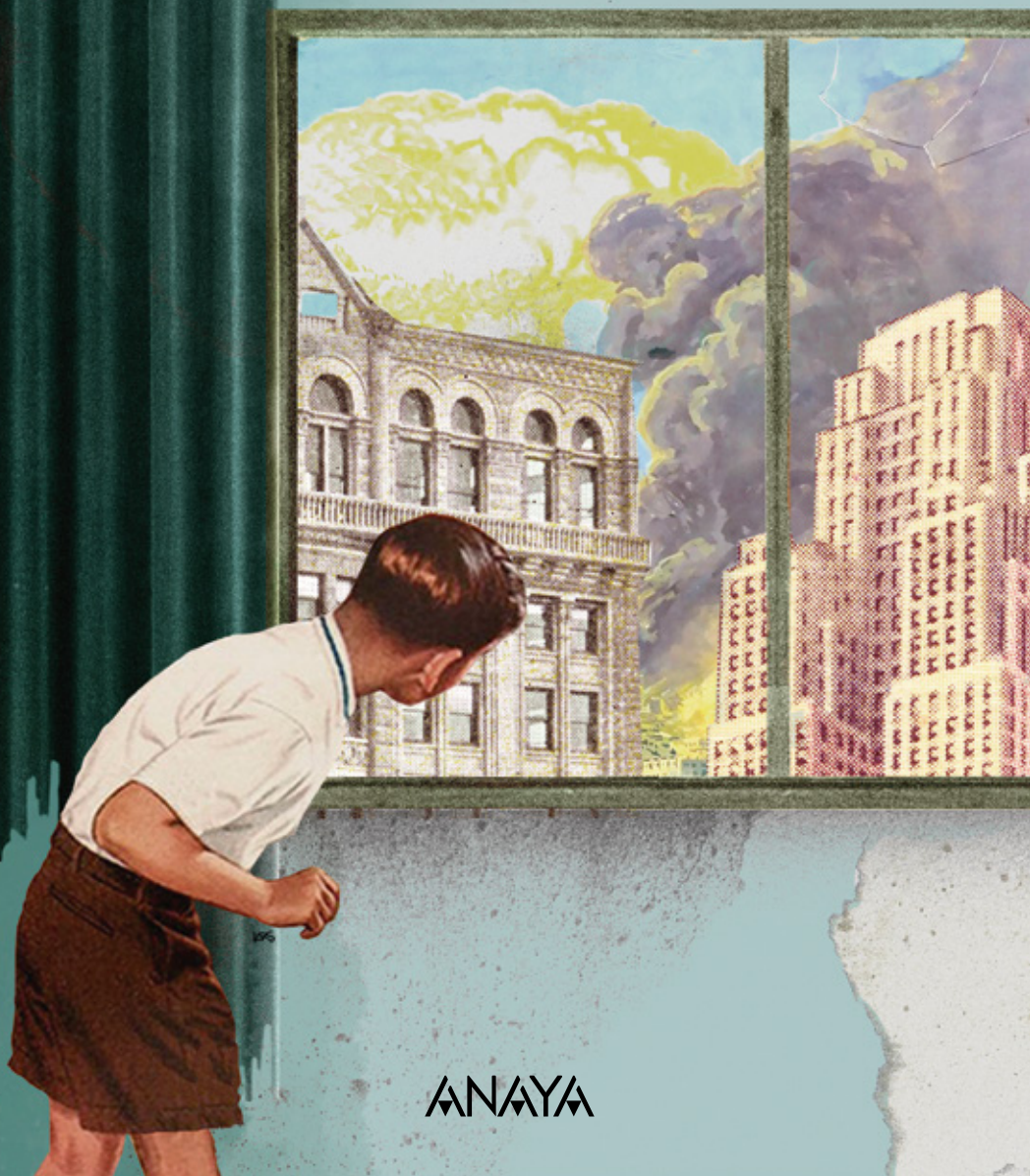


Paloma González Rubio

VENTANAS



ANAYA

Paloma González Rubio

VENTANAS

**Cuando se impone la dictadura del miedo,
las ventanas se convierten en ojos que nos vigilan.**

ANAYA

1.ª edición: septiembre 2021

© Del texto: Paloma González Rubio, 2021
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta e ilustración: Lara Lars
Créditos fotográficos de la tipografía del título:
iStockphotos/Getty Images (marekuliasz)

ISBN: 978-84-698-8609-0
Depósito legal: M-19571-2021
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1. Panorámica	11
2. Ventanas	16
3. Tragaluz	29
4. Mirillas	40
5. Gatera	46
6. Lumbrera	53
7. Vidriera	61
8. Respiradero	68
9. Escaparate	79
10. Claraboya	88
11. Óculos	95
12. Ventanas ciegas	103
13. Portillo	109
14. Ventanilla	117
15. Troneras	126
16. Salida de emergencia	133
17. Aspillera	139

A todos los niños soldado, los que hacen palidecer la
infancia cruel, hoy inconcebible, de las novelas de
Charles Dickens y Víctor Hugo.

Todos los inocentes son crueles en su inocencia.

A. PÉREZ REVERTE

1

Panorámica

No llamaron al timbre. No golpearon la puerta y aguardaron pacientes a que alguien acudiese a abrirles. Solo se oyó el chasquido que produjo la cadena de seguridad al reventar el tope y, a continuación, el estruendo como de un ariete que derribaba el obstáculo que se interpone entre los atacantes y su objetivo, al que siguió un aluvión de golpes. Para entonces el llanto del bebé, que se soltó del pecho de su madre con el sobresalto, ya era ensordecedor.

Eva y Julia se miraron sobrecogidas. El miedo había vidriado sus ojos. Eva apretó la cabeza de Mateo contra su pecho. Los pasos de lo que parecía una legión de hombres calzados con pesadas botas hicieron crujir el suelo de tarima del pasillo, multiplicando en la imaginación de las mujeres el número de intrusos que asaltaban su casa. Un batallón parecía desfilar hacia el cuarto de costura. Avanzaban afirmando sus posiciones, como si estuvieran en territorio enemigo. Su avance era perceptible por las patadas en las puertas que se abrían en el lado izquierdo del corredor. Una sola voz, ronca, advertía de peligros inexistentes: «¡Allí, cuidado!».

En el vano de la entrada del cuarto en el que ellas trabajaban, se recortó una silueta, la de un hombre impecable. Sombrero,

abrigo gris, pese a que el día otoñal era soleado y cálido, zapatos negros tan lustrados que parecían de charol y un rostro que no podría distinguirse de otros miles de rostros por lo anodino de sus rasgos: la mandíbula oscurecida por una barba cerrada, la nariz ancha y firme, los ojos cargados, las comisuras de los labios hacia abajo, una expresión despectiva.

Las figuras de otros cuatro o quizá cinco desconocidos, unos vestidos exactamente igual que el primero, otros, con uniforme militar, se situaron tras el primer hombre, que hurgó en el bolsillo del abrigo y extendió un papel sellado, que exhibió a distancia, pero no dejó leer.

—¿Es esta la casa de José e Ignacio Burgo?

A Eva la voz no le llegaba al cuello. Solo fue capaz de cabecear para asentir.

Julia, en cambio, murmuró que eran sus maridos, y comenzó a preguntar:

—¿Quién...?

Silvina, Martina y Pablo, que jugaban a los muertos en el comedor contiguo, se habían quedado quietos, escondidos. Bruno no estaba. Como casi todas las tardes, se había escabullido a la calle con algún pretexto para volver a casa a la caída de la luz. Decía que jugar a los muertos era aburrido, aunque ni a su hermana ni a sus primos se lo parecía. El juego consistía en que uno de ellos se ocultaba mientras los otros esperaban fuera de la habitación. A una señal, comenzaba la búsqueda y cuando encontraban al «muerto», este caminaba con los brazos extendidos, los ojos en blanco, y los buscadores huían gritando aterrorizados para evitar su abrazo mortal. Ganaba el último que quedaba vivo, que siempre eran o Pablo o Silvina, los mayores. En esta ocasión, era Silvina quien se había escondido bajo una de las sábanas

que cubrían los muebles de la estancia en desuso y que parecía un velero fantasma.

Uno de los hombres vestido con uniforme de militar se dirigió al comedor. No tardó en salir zarandeando a Martina, menuda para sus seis años, a la que lanzó al centro del cuarto de costura de un empujón. La niña corrió a buscar refugio junto a su madre, que seguía apretando al bebé contra el pecho. Se abrazó a su cuello y cerró los ojos, como si así fuera a desaparecer aquel pelotón de desconocidos hostiles. Dos soldados más se internaron en la estancia siguiendo al primero y, al momento, se oyeron forcejeos, quejidos temerosos. Otro de los soldados apareció bajo el dintel de la puerta del comedor, escoltando a Silvina y a Pablo, ambos lívidos y rígidos. Ellos no corrieron al lado de sus madres. Se quedaron juntos y erguidos, como estatuas.

Los soldados continuaron el registro. Por todas las habitaciones de la casa se oía el resonar de golpes, de cajones desencajados de sus guías y arrojados al suelo con su contenido. El silencio en el cuarto de costura era sobrecogedor.

—¿Por qué han instalado una cadena en la puerta? ¿Qué tienen que temer? —preguntó con frialdad a las dos mujeres el hombre que parecía al mando—. Nadie que no tenga miedo a ser sorprendido pone un cerrojo.

Julia le sostuvo la mirada, sin altivez, pero con firmeza.

—No tenemos nada que temer, es para evitar que los pequeños abran la puerta y salgan sin que nos demos cuenta. Nosotras pasamos todo el día cosiendo en este cuarto y no podemos vigilarlos continuamente.

Desde el fin de la contienda se había prohibido el uso de cerrojos en las puertas. Las ventanas no podían ser cubiertas con visillos o cortinas. La ordenanza contenida en el discurso

de proclamación del nuevo estado decía literalmente: «Atrás quedaron los días de las balas perdidas que podían alcanzar a los ciudadanos inocentes cuando se apostaban en sus ventanas, de los secretos custodiados por cerrojos en las puertas... Se acabó el oscurantismo y el miedo. Os hemos traído un nuevo amanecer».

Las ventanas de todas las viviendas de la ciudad eran una pantalla panorámica que mostraba el interior de las estancias. Los gusanillos que habían sostenido visillos aún colgaban de sus clavos, inútiles; las barras sobre los tambores de las persianas mantenían sus anillas polvorientas sin cortinas que correr y los movimientos de los habitantes de cada casa eran accesibles para cualquier curioso. Los ciudadanos estaban obligados a no tener nada que ocultar, ni siquiera su propia desnudez.

—¡Esta puerta está cerrada, asegurada! —la exclamación del soldado llegó entre el sonido de violentos golpes a una puerta.

El hombre del sombrero y el abrigo oscuros enarcó las cejas, interrogante.

Fue Julia quien contestó de nuevo:

—Sus propias fuerzas tapiaron esa habitación. Clavaron tablones en la ventana y cegaron la puerta. Eso fue el despacho del abuelo y, cuando abandonó el país, prohibieron que volviera a entrar nadie. Ni siquiera tenemos llave de la puerta de esa habitación. Se la llevaron quienes la condenaron.

El hombre se dirigió al soldado que seguía intentado forzar la entrada al despacho. Al momento dejaron de oírse los golpes.

Y luego siguió una exclamación de júbilo. Eva cerró los ojos con fuerza y apretó aún más al bebé contra su seno. Martina se echó a llorar. Julia dejó la costura que aún no había

soltado de entre sus manos sobre la mesa en la que reposaban tijeras, hilos de colores, alfileros.

—¿Pueden explicarme esto?

Otro de los hombres grises se aproximaba a ellas blandiendo un taco de octavillas. Algunas de ellas caían al suelo planeando suavemente, como si no pudieran contener su impaciencia por convertirse en aviones o pajaritas de papel.

Las dos mujeres imploraron piedad con la mirada a los hombres que las cercaban, amenazadores.

—No sabemos nada. ¿Cómo podemos estar seguras de que no han sido ustedes quienes han puesto eso en cualquier parte? Nosotros nunca...

No les dio tiempo a terminar. Se abalanzaron sobre ellas y las levantaron sin miramientos de sus sillas ante las miradas impotentes de los niños y el llanto estridente del bebé.

2

Ventanas

El milagro se produce cada día un poco más temprano, a la caída del sol, cuando los rayos inciden en los cristales de la parte posterior del edificio en un ángulo determinado: todas las ventanas se incendian y, por un instante, la escombrera tras la casa de Bruno resplandece como si su suelo estuviese sembrado de diamantes.

Lanzan destellos los cristales rotos, algunas piezas de metal que asoman entre los cascotes, pedazos de porcelana de figuras desmenuzadas, astillas de espejos en los que se reflejaron los rostros de los habitantes del bloque de casas que una bomba aplastó hace ya tiempo, un mes de octubre idéntico al mes de octubre en el que Bruno espera en su escondrijo el momento del milagro.

Él se acuerda de la noche en la que el edificio se derrumbó y de cómo era antes de quedar reducido a escombros. Había sucedido dos años atrás, él tenía entonces once. En el edificio vivía Daniel, que ya era su mejor amigo. Se salvó porque había bajado con su madre a la calle cuando se escucharon las alarmas que precedían a los bombardeos.

Bruno recuerda que cuando cesó el ruido de las bombas y los aviones se perdieron en la lejanía, todos en el vecindario

se apresuraron a sofocar los brotes de fuego que prendían aquí y allá como flores naranjas y buscaban entre los cascotes a quienes hubieran quedado con vida. Encontraron a algunos supervivientes.

No paraban de remover entre los pedazos de tabiques, las lámparas rotas, los muebles hechos astillas, las telas que habían cubierto las ventanas, y rescataban cuerpos, pero cuerpos sin vida o heridos de muerte.

A los niños los pusieron a escuchar por si oían lamentos, quejas, a remover cascotes, pero tan pronto aparecía una mano, un pie, un brazo, una coronilla polvorienta, los apartaban y no les permitían ver de quién se trataba. Apartaban los cuerpos, cuerpos de todos los tamaños, a un extremo de la calle y atendían a los que aún respiraban, a otros los cubrían con lo primero que encontraban. Los mayores se encargaron de dar sepultura a los muertos en el cementerio a los dos días. Los niños se quedaron al cuidado de algunas mujeres. No se les permitió asistir.

Bruno nunca supo qué fue de Alicia. Su madre le decía que seguro que se había salvado, porque no la encontraron. Pero él sabe que sigue allí.

Por miedo a los cadáveres que pudieran quedar, los niños del barrio tienen prohibido jugar en la escombrera, pero ellos obedecen no por miedo a los muertos, sino por miedo a sus fantasmas. Lo que viene a ser lo mismo. Bruno no tiene miedo a los fantasmas. De hecho, sigue buscando el fantasma de su amiga Alicia, seguro de que no se ha ido lejos, y sabe que es ella quien le regala todas las tardes tesoros inesperados: monedas, pedazos de cristal tallados, juguetes casi intactos... Casi todas las tardes acude al solar y se refugia en una hondonada donde estuvo la carbonera del bloque, desde la que nadie

puede verle y gritarle de malos modos que salga de inmediato, y allí presencia cada día del año, a una hora distinta, el milagro de las ventanas incendiadas y el solar sembrado de destellos. Como si fuese magia.

Por eso, por el milagro de la luz, del que nunca se cansa, no está en casa en el momento en que el grupo de hombres uniformados ha subido y anunciado su presencia con golpes que desencajan la puerta de sus goznes. Mientras las ventanas se incendian y él se pregunta si alguno de los habitantes de los pisos del bloque que habita se abrasa en la llamarada de luz, los vecinos se arremolinan en el portal para ver cómo se llevan a la madre y a la tía de Bruno y las introducen en uno de los coches detenidos delante del portal. Y hubiera tardado mucho en enterarse de no haberle despertado de su ensoñación la voz de Daniel, cada vez más cercana, que lo llama a gritos.

Daniel, que nunca ha vuelto a pisar la escombrera porque para él es el cementerio de su infancia, de sus juguetes, trastabilla sobre el firme irregular del terreno, tropezando a cada paso.

Bruno salva el pequeño tramo de la hondonada hasta la parte superior del solar con la agilidad de un gato. Las ventanas de las habitaciones traseras aún refulgen y la figura de su amigo parece estar cercada por el resplandor del fuego.

Daniel llega rojo, sin resuello.

—¡Se están llevando a tu madre y a tu tía! ¡Es la policía!
¡Corre!

Daniel no aguarda a ver la reacción de Bruno, se da la vuelta, saltando entre los escombros, y emprende el camino de regreso. Pese a que las palabras de Daniel aún no han terminado de ser comprendidas por Bruno, este sigue a su amigo.

Acostumbrado a hacer el camino todos los días, no tarda en dar alcance a Daniel. Cuando llega a la acera, sin esperarle, echa a correr como una exhalación y, al dar la vuelta al edificio, ve una multitud de vecinos junto al portal, hablando entre ellos, algunos lo señalan con el dedo, otros tienen la vista fija al otro lado de la calle, en el séquito de coches que se alejan.

No se detiene, pese a que oye su nombre repetidas veces y algunos comentarios se refieren a él. «Es Bruno, el hijo de Julia». «Es uno de los chicos». «Pobre criatura».

Sigue corriendo con los ojos clavados en el cristal trasero del último vehículo, que se va haciendo más pequeño en la distancia. Está seguro de que en algún momento aminorará la marcha. Ve que, delante del que persigue, otro vehículo negro gira para incorporarse a la calle que desemboca en la avenida que conduce al centro de la ciudad. Se fuerza a correr más rápido, viendo que los coches frenan para doblar la esquina.

En el asiento trasero una figura golpea el cristal. No sabe si es su tía o su madre. No le da tiempo a cerciorarse. El coche ha desaparecido.

Si llegan a la avenida del río, los perderá de vista sin remedio.

Oye que Daniel grita aún a sus espaldas, lo oye lejos. La sangre le bombea en los oídos. Siente un hormigueo en las piernas que comienzan a arderle.

El aire que consume a bocanadas por la boca es seco y le abrasa la garganta, las fosas nasales le escuecen, le da la sensación de que va a empezar a sangrar por la nariz.

El segundo coche también desaparece tras el chaflán. Sigue corriendo, pero cuando dobla la primera esquina y luego la segunda, ve que los coches enfilan la avenida. Ya no tiene

ninguna posibilidad. Él, que creía que sus piernas eran invencibles a sus trece años, siente el corazón bombeando con tal violencia en la jaula de sus costillas que parece estallarle en el pecho, como una bomba.

Su cerebro martillea. Las mejillas le arden, los ojos, terrosos, amenazan con salirse de sus órbitas. Se dobla hasta que su torso casi alcanza las rodillas. Un fuerte dolor en el costado le impide respirar.

Daniel ya ha aminorado el paso y se dirige hacia él caminando, recuperando el aliento, con las piernas flojas, como si fuesen de gelatina.

—¿Y tu madre? —le grita Bruno a Daniel cuando aún les separan varios pasos—. ¿Por qué se han llevado a mi madre y a mi tía? ¿Por qué no a tu madre?

Luz, la madre de Daniel, cose en el taller de costura que Eva, la tía de Bruno, tiene en su casa. Desde la victoria del bando amarillo, las mujeres se dedican a coser vestidos para las familias de los vencedores y a bordar las enseñas con escudo del gobierno que Daniel, Bruno, su hermana y sus primos venden en la plaza del Nuevo Amanecer los sábados y domingos y los compradores lucen en las solapas de sus chaquetas, en los bolsillos de sus camisas, en la pechera de los vestidos, prendidos con un imperdible.

—Hoy no ha ido a trabajar, ¿no te has enterado? Ha tenido que ir a atender a la hermana de mi padre que está de parto.

El padre de Daniel es propietario de un taller de relojería, ajusta los mecanismos del tiempo. Es un hombre extraño, que se salvó de la deflagración de la bomba que barrió el edificio del solar trasero, porque pasa todas las horas del día recogido en su taller, ajustando maquinaria de precisión. Su

ocupación siempre ha sido un misterio para Bruno, que imagina la relojería como una especie de religión del pasado, cuya práctica mantienen oculta los relojeros, para no revelar los misterios de la medida del tiempo.

—¿Y mi hermana? ¿Y mis primos?

Daniel encoge sus hombros esmirriados.

—¿Y a mí qué me dices? No los he visto. Supongo que estarán en casa.

—¿Cómo que no los has visto?

Bruno grita desaforado su pregunta. No está enfadado con Daniel, es la impotencia y la culpa las que le hacen gritar con una voz que no es la suya, las que le envenenan la sangre con una ira que no le cabe en el pecho.

—¡Si hubieras estado en casa no estarías preguntándome a mí! —se defiende Daniel, cargado de razón, poniendo a Bruno frente al espejo—. ¡Yo lo único que he hecho ha sido ir a avisarte, pero no hace falta que me des las gracias!

Bruno se lleva la mano al costado. Una mueca de dolor deforma su rostro. Se fuerza a realizar inspiraciones cortas, regulares. El dolor cede un poco, lo justo para permitirle arrancar a caminar, ladeado, protegiendo con la mano el área del dolor, a la altura de la cintura.

—Voy a casa. Seguro que Silvina está allí, con el bebé. Y lo mismo Pablo y Martina. Seguro que ellos saben.

Daniel se pone a la altura de Bruno, lo acompaña a lo largo de la calle, de vuelta hacia el portal.

El milagro del incendio se ha desvanecido. En el interior de las casas se prenden luces mortecinas que alumbran vidas miserables, visibles desde las ventanas desnudas. De algunas casas sale el olor de la cena que las mujeres tienen puesta al fuego. La vida de cada vecino, sobre todo en las plantas bajas,

es visible hasta en sus más mínimos detalles. Sus habitantes se esfuerzan por revelar costumbres ordenadas: todas las superficies están pulidas y limpias. No se aprecia nada que pueda considerarse un lujo o una excentricidad que los señale. Las comidas son austeras. Nadie quiere estar en boca de nadie por salirse de la norma, no hay nada que ocultar ni de lo que avergonzarse. Todo está a la vista.

Bruno trata de ordenar sus ideas, tiene que haber algo que hacer. No puede quedarse cruzado de brazos. Piensa que lo más sensato, tras saber qué ha sucedido, es ir a buscar a su padre y a su tío a la imprenta. Dar un relato fiel de lo que ha pasado. Ellos sabrán cómo actuar. Pero antes tiene que verificar los hechos, porque lo que ha visto le parece inverosímil.

La calle, que suele estar concurrida al anochecer, está vacía. Ningún rostro se asoma a las ventanas. Todos los habitantes de las casas parecen haberse consumido en el incendio de los cristales que él presencia desde la escombrera. Solo las luces encendidas en el interior de las casas evidencian la existencia de los vecinos.

Se ha disuelto la reunión ante el portal. El postigo que ciega el ventanuco de la garita de la portera está cerrado a cal y canto, aunque todos los días permanece abierto hasta que cada uno de los residentes del edificio ha regresado a su hogar. Es como si la presencia de los hombres de uniforme hubiera sembrado de sombras el trayecto de sus pasos, como si hubieran dejado una estela de negrura tras ellos.

—Yo me voy a mi casa —anuncia Daniel, cuando Bruno franquea el portal del edificio en el que vive.

—¿No subes?

—No. Si te hace falta algo, ven a casa.

Finalizada la guerra, un grupo de hombres armados detiene inesperadamente a los padres y tíos de Bruno y Silvina.

Cuatro niños y un bebé se quedan solos e indefensos en la casa que comparten sus familias, abandonados a su suerte en una ciudad hostil en la que los ciudadanos se vigilan unos a otros desde las ventanas.

Bruno y Silvina, acompañados por el fantasma de la pequeña Alicia, desaparecida en un bombardeo, luchan por sobrevivir, cuidar del bebé, de sus primos pequeños y encontrar a sus padres, pese a que la cobardía de vecinos, allegados y desconocidos los va empujando a un callejón sin salida.

**La falta de solidaridad hace de los débiles
un blanco fácil. Basta un paso en falso para reducir
nuestras expectativas de la vida a la estrechez
de la mirilla de un fusil.**

1525262

ISBN 978-84-698-8609-0



9 788469 886090

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com